

leren». Pero también nosotros tenemos la culpa, porque nos dejamos engañar con cuatro palmaditas y dos ó tres frases melosas que terminan siempre con un pedido de propina que jamás niega nuestra quijotesca generosidad, un poco acicateada por nuestra vana tontería.

También en América tenemos hombres capaces de enseñarnos historia del Arte, de Roma, de Grecia, de la India... y todas las historias; porque, una cosa que nos hace superior á los europeos en punto á ilustración, es que sabemos lo de ellos más lo nuestro.

Por eso me regocija ver aquí una numerosa colonia de sudamericanos intelectuales que poco á poco, pero incansante y seguramente, va imponiéndose en las casas editoras, en las revistas, en los periódicos, en las academias, en los Salones de Arte... Por eso deseo que todos nos conozcamos bien, y por eso espero que nosotros los jóvenes, aprendamos á bastarnos mañana.

La juventud es el porvenir y ella debe aprender por el pasado de otros, que los maestros en nuestra América no son muchas veces más que oportunistas, traductores, adaptadores y hasta copistas de la gente nueva extranjera ó la poco conocida aún en los círculos literarios de sus respectivos países. (Hay alusión... y más tarde habrá algo mejor.)

El caciquismo literario que acatamos, es una consecuencia del político que sufrimos. Conociendo nuestro propio valer, acabaremos con ambos.

Este libro no tiene otro objeto.

Paris, 1910.

ARGENTINA

ALBERTO GHIRALDO

Hablar de Alberto Ghirardo sin nombrar el anarquismo de la República Argentina, es lo mismo que querer hablar de Cristo olvidando su prédica. En Buenos Aires, Alberto Ghirardo es, para los periódicos y el público, algo así como el símbolo viviente de la Anarquía, á pesar de su cara arcángélica, de sus manos aristócratas y su melena rubia.

Le conocí director de «La Protesta», y él quizás tiene alguna culpa de que yo haya tomado en serio la carrera literaria, pues hubo de su parte aliento y brindis generosos. En el diario ácrata, en su desgraciado «Buenos Aires», en «La Nación» y en sus revistas «El Sol», «Martín Fierro» y la actual «Ideas y Figuras», se halla su agitada y siempre valiente obra periodística. Publicó «Fibras», un libro de versos que fué como el primer peldaño de una larga escalera de rebeldías; «Música prohibida», de ruidoso éxito, también versos, versos duros como el pan de los desgraciados y los puños encallecidos de los parias; versos agudos, afilados como el puñal que esgrime entre las sombras el odio y la venganza; versos rojos como la bandera de la libertad y como la sangre de la chusma generosa que se vierte en los campos de batalla, en las murallas de las cárceles y en los cadalsos; versos agrios, con la acidez y la amargura de los días proletarios llenos de sudores y de lágrimas; versos dolorosos como las muecas y las sonrisas de la plebe enjugada y escarnecida... No en vano se dice que los anarquistas tienen un espíritu análogo al de los primeros cristianos, pues Ghirardo, que tiene como todos ellos un

alma dispuesta al sacrificio, dice en «Clarín», lo que habría dicho sin duda el héroe del Gólgota:

Conmigo los hambrientos y los tristes,
conmigo los malditos y desnudos,
conmigo madres locas porque vieron
padecer á sus hijos infortunio,
conmigo niños pálidos y enclenques
cuya sangre absorbieron los ventrudos,
conmigo la canalla macilenta
que ruge en las cavernas del suburbio,
conmigo prostitutas y ladrones,
conmigo los leprosos y los sucios,
conmigo los que lloran y se arrastran...
¡todos los alejados del mendrugo!
los que cruzan ciudades y llanuras
de rabia devorándose los puños
amontonando hiel para las nuevas
generaciones de hombres cejijuntos!

Como un apóstol nuevo, la apolínea silueta de Ghiraldo se ha destacado allí donde el dolor, la miseria ó la esperanza se retorció, se arrastraba ó abría los brazos al porvenir; ha sufrido la afrenta de la sociedad que combate, ha respirado, por esto, el ambiente delictuoso de las cárceles y masticado entre dos rabias el duro pan del destierro. «La Tiranía del Frac», crónica de su prisión y sus días de desterrado en Montevideo, á pesar del descuido é indolencia que se descubre en él, es un gesto, un latigazo y una lágrima.

Sus otros libros «Los Nuevos Caminos», colección de artículos combativos donde la brillantez de la frase se engarza con la dureza férrea de sus concepciones; «Carne doliente», desfile de cuadros y siluetas populares, trajeados de llagas, prejuicios y atavismos, y «Gesta», puñado de cuentos análogos á los anteriores, forman un block sólido que hace de pedestal á su personalidad de literato y de revolucionario.

En el teatro, tiene «Alas», hermoso poema dramático, fracasado en las tablas, pero de éxito en el folleto, y «Alma Gaucha», un drama criollo que obtuvo los honores de la manifestación callejera y una amenaza policial de suspensión. El primero, lleno de dulzura y poesía, fué escrito más para leerse que para representarse, y el segundo, francamente, mereció sólo el aplauso del público de las más altas galerías y la sonrisa amable de los palcos y las butacas. En él se defienden las ideas antimilitaristas y se combate la pena de muerte, pero, á pesar de lo bien delineado que están los principales personajes, la obra sufre de efectismo, superficialidad y hasta tal vez de un poco de sectarismo.

De todas maneras, «Alma Gaucha» fué de larga vida en los carteles del teatro Nacional, y el público escoltó al autor muchas noches por las calles de Buenos Aires.

Después de la muerte de su diario «Buenos Aires», parecía que Ghiraldo, dolorido por la derrota sufrida, se hubiera retirado al silencio, pero de pronto se corrió la voz de que Ghiraldo volvía á empuñar su pluma de combate, y después se supo que «Ideas y Figuras», revista de arte y crítica social, aparecería muy pronto; todavía vive, y el «Angel rebelde», como le llama Rubén Darío, continúa su obra demoleadora sin desmayos, cobardías ni claudicaciones.

Ghiraldo es quizás uno de los pocos argentinos intelectuales que tiene mejor y más noblemente conquistada su fama, pues en un ambiente mercantilista y esencialmente burgués como el nuestro, es una verdadera heroicidad y hasta un descaro imperdonable, coronarse la frente con las subversivas ideas de Bakounine y alzarse todo entero como un símbolo del pueblo que sufre, para ser un temible crítico de la burguesía que le acunó en su infancia y, como un nuevo Cristo, lanzarse á recorrer los sitios donde la plebe gime resignada, no para prometerle el reino de los cielos á cambio de su mansedumbre, sino para animarla á conquistar el reino de la tierra á cambio de su rebeldía.

No hay una sola parte donde mire y no encuentre,
como emblema del siglo, una bolsa y un vientre...

En esta misma composición se encuentran felices ocurrencias llenas de malicia y de verdad, dichas en lenguaje duro, como conviene para tales cosas, á pesar de todo lo que piensa la cómica élite de los preciosistas, que más que poetas parecen anticuarios. Quiero transcribir algunas de ellas:

De las lanzas famosas de las justas de ántes
hoy, harían bastones los duchos comerciantes,
y, sacando provecho, del yelmo del Mambrino
venderían quincallas para guardar tocino.

Para los que libertan recuas encadenadas,
ahora como entonces hay asaz de pedradas.

Los yangüeses de marras, prontos en sus desmanes,
cuidan yeguas ajenas y se llaman ruñanes.

aunque hoy poco valdrían los hidalgos gentiles
fuertes perseguidores de pícaros y viles,
pues doncellas y viudas hallan amparo en esos
burdeles de oratoria con nombre de Congresos.—

Los *Envíos* es un hermoso cuarteto de semblanzas hechas con verdadero cariño. *A Carlos de Soussens* y *A J. J. Soiza Reilly* son las que mejor evocan las siluetas del simpático bohemio hijo de Francia, que pasea su alma romántica por las calles—rectas como columnas de números en un libro de Debe y Haber,—de la comercial Buenos Aires, y del atrevido, mordaz y personal viajero de «Caras y Caretas».

«Ofertorio Galante» me parece una página fría y estoy por asegurar que su autor la ha colocado para rendir culto á la costumbre; en ella se verán muchas *gitanas*, cosas de Andalucía y *cármenes*. *Las manos* es un poema bien pensado, y *Ratos buenos* una nota familiar llena de encanto que termina con estos cuatro versos, resumen del asunto:

Y me siento feliz, porque hoy tampoco
ha soñado imposibles mi cabeza:
En el fondo del vaso, poco á poco
se ha dormido, borracha, la tristeza...

En «El alma del suburbio», Carriego retoca su personalidad poética, da consistencia á mi afirmación sobre su carácter individual y digo sin temor alguno que es lo mejor del libro. Creo que es él el primero que ha cantado á los tipos y á las escenas de nuestra capital

EVARISTO CARRIEGO

He aquí un muchacho que á pesar de haber publicado un solo libro de versos, goza de mucho prestigio en ciertos círculos intelectuales de Buenos Aires.

Por la personalidad indiscutible que tienen sus poesías, por la tendencia sana de hacer arte con asuntos de la tierra y por otras buenas cualidades que callo, creo que Carriego es uno de los que prometen más entre los muchos jóvenes argentinos que cultivan las estrofas. Su libro, aparecido en Buenos Aires en 1908, prueba lo que digo, pues, si es cierto que tiene cosas censurables, también lo es que tiene muchas valentías y muchas bellezas.

«Misas Herejes» se llama el volumen, y el autor lo ha dividido en cinco partes: «Viejos sermones», «Envíos», «Ofertorios galantes», «El alma del suburbio» y «Ritos en la sombra». La primera, segunda y cuarta partes son, indudablemente, lo mejor del libro, sin que quiera decir con esto que en las otras no haya nada bueno, pero en las indicadas existe una profundidad, una sencillez y una valentía de conceptos y de imágenes que entusiasma. Así en *Por el alma de Don Quijote*—que en todas las páginas de libro está presente—veo estos versos:

¡De los dos grandes locos se ha cansado la gente:
así, santo Maestro, yo he visto al reluciente
rucio de tu escudero pasar enalbardado,
llevando los despojos que hubiste conquistado,
en tanto que en pelota, y nada rozagante,
anda aún sin jinete tu triste Rocinante!

Por eso, honradamente, se pesan las bondades
del genio, en la balanza de las utilidades,
y si á los soñadores profetas se fustiga
hay felicitaciones para el que echa barriga.

Esta misma afirmación se encuentra en *La Apostasia de Andresillo*, poesía hermana de la anterior, no solamente por sus formas exteriores, sino por el alma risueñamente filosófica que encierra:

con tanto conocimiento del alma, del corazón y del lenguaje. Cuando leí los versos, me creí en Buenos Aires oyendo al *gringo musicante*, al *heraldo gangoso* de «el boletín—famoso—de última hora»

donde sangran los sueltos espeluznantes
de las acostumbradas crónicas rojas

y me pareció ver cruzar por estas alocadas calles de París al popular organillo de mis arrabales porteños empujado por el hijo de Italia, por el *gringo musicante* que es, como bien dice Carriego, un

... ¡pobre Chopin nocturno
de las costureritas sentimentales!

«El guapo», dedicado *A la memoria de San Juan Moreira*—que es algo así como un Pinales argentino,—es una composición que, además de las bellezas y propiedad del estilo, es profundamente psicológica. El último verso es un retrato hecho con cuatro líneas:

...Y allá va pasando con aire altanero,
luciendo las prendas de su gallardía,
procaz é insolente como un mosquetero
que tiene en su guardia la chusma bravía.

«El Amasijo» y «En el barrio» son otras dos escenas criollas llenas de verdad.

«Ritos en la sombra», la última parte del libro, es lo menos personal que tiene Carriego en las ciento cincuenta páginas del volumen.

Cosas malas hay. Los prosaísmos abundan, la repetición de imágenes y rimas son numerosas, se han deslizado algunos versos que descoyuntan la armonía impuesta y hasta ha pecado de violentador á veces con las consonancias que parecen engarzadas á martillazos; los sonetos no son tales más que por tener catorce versos... en fin, ya lo he dicho al principio, tiene mucho que pulir todavía.

En Buenos Aires conocí á Carriego concurrente del *Café de los Inmortales* que, según me informan aquí, debe su apodo á una feliz ocurrencia de este poeta.

Ha sido colaborador de varias revistas, entre ellas «Caras y Caretas». Nació en Corrientes, tiene alrededor de veinticinco años y es, seguramente, de los llamados á salir á flote.

París, 1910.

PELELE

El triunfo no es muchas veces la consecuencia fatal del talento sólido y verdadero, sí el producto lógico de una serie de manipulaciones ilícitas en los campos del arte, pero permitidas y aun dignas de aplauso en los muladares del comercio vil. Hay gentes audaces que saben espiar una oportunidad y aprovecharla para dar una brazada ascensional; hay otras que se hallan satisfechas en el modesto término medio que una constancia admirable les ha conquistado; pero las más, las que han llegado á la independencia de un modo que ellas solas saben, se dan el lujo de usar soberbia, paternizar á los otros, ser consejeros gratuitos y hablar de sus luchas con una tranquilidad que asombra.

Pelele no es precisamente de los últimos, porque en Buenos Aires y en París fué bohemio á la fuerza; porque no se le puede negar que tiene talento y que á veces suele tener rasgos de artista; pero la facilidad de su triunfo—atribuible á muchas cosas ajenas al arte—le ha dado á su pesar—porque él sabe ser franco,—un barniz de comerciante de la vanidad humana que llega á lo indecible entre la gentecilla sin méritos que maneja la cosa pública en las naciones americanas. Su álbum de caricaturas *Les sudamericaines en Europe*, que tanto contribuyó á solidificar la fama de caricaturista que no había obtenido en Buenos Aires á pesar de sus continuadas colaboraciones en «Caras y Caretas», no es más que una explotación á la vanidad de una docena de personalidades políticas que paseaban sus fortunas por París. Como trabajo artístico... no retiro una sola palabra de las que publicó «Apolo» de Montevideo á raíz de una crónica que envié; sigo creyendo que la caricatura es algo más que un mal retrato. Su exposición en Buenos Aires en el Salón Witcomb sobre el cuerpo médico de la Facultad de aquella ciudad, sobre tener los defectos de su álbum, fué inspirado en algo análogo que hizo Barriére en París con el personal de todas las facultades.

Prepara un álbum de señoritas argentinas; me dijo que

trabaja en un retrato de Mme. Letelier y en otro de Miss Barrow, la célebre belleza norteamericana; me dijo que expone actualmente tres cuadros en Viena, en la Galería Arnot y otros en la 1.^{er} Exposición Humorista de Berlín; me dijo que expuso en el Salón de la Amerique Latine de París; me dijo que colaboró en las revistas parisienses *Le Rire*, *Le Sourire*, *Cómica*, *La Vie Parisiense*, *L'Illustré National* y *L'Assiette au beurre*; además en el *Fliegender Blatter*, de Munich; ha ilustrado varios libros y ha pintado los anuncios de una sastrería del boulevard Saint Germain... (Esto no me lo dijo, pero es verdad.) Y además tiene en su taller—muy confortable por cierto—media docena de carpetas que encierran más de un centenar de dibujos. Como se ve, Pelele es un trabajador infatigable.

En sus carpetas, que hojeé cuidadosamente, encontré apuntes admirables, paisajes hechos con verdadera maestría, caricaturas buenas y retratos que merecían tal nombre. Los estilos eran variadísimos: desde el austero y parco alemán hasta el superficial y caprichoso francés; pero todos hechos con cariño, con independencia y con talento. Por sus carpetas deduje que Pelele valía más de lo que pensaba y creo que en esas cosas que él guarda para los amigos y para los caprichos de algún Creso, está la verdadera obra artística de este dibujante argentino. Quizás tenga razón de reirse del público imbécil que admira sus estiradas caricaturas inofensivas, amables... y hasta llego á creer que siente por él la misma repugnancia que sienten las *cocottes* de París por sus *misiés*, porque recuerdo que cuando yo le pregunté su verdadero nombre, me dijo:

—Es inútil; mi nombre es Pelele, á secas; únicamente en los salones, donde debo hacer el imbécil, hago uso del nombre de familia.

Le visité una noche de lluvia torrencial en la que yo vagabundeaba por las murallas de la gran capital; el agua me corrió hasta su casa y en ella me refugié con el pretexto de realizar la entrevista que le tenía prometida desde la noche de una memorable fiesta.

En un taller de pulcritud y orden burgueses, Pelele me recibió con desarmadora amabilidad, me mostró todos sus trabajos, todas sus habitaciones y me contó su historia. Ha nacido en la ciudad del Rosario de Santa Fe, y allí, después de colaborar en insignificantes publicaciones, se fué á Buenos Aires, donde la bohemia consiguiente le arrastró á París... y aquí está desde hace varios años.

Es de sentir que la dura realidad de la vida obligue

á muchos á dejar pedazos de su personalidad en manos del público que paga, y esto lo digo porque estoy seguro de que Pelele, sin esos desmigajamientos á que se ha entregado, sería más artista de lo que es. Lo que no hace público, lo inédito de él, es en muchísimo superior á todo lo que ha expuesto y publicado. El temor de perder la clientela maltrata su talento. Si fuera capaz del supremo gesto de independencia, tendríamos un verdadero dibujante de mérito en la República Argentina; pero en tanto dependa de la vanidad de cierto público, no podrá vanagloriarse de la solidez de su pedestal.

ENRIQUE BANCHS

Verdaderamente difícil es elegir entre la joven intelectualidad argentina los que llevan camino de triunfar y los que, á pesar de algunos sonados éxitos, marchan fatalmente al fracaso. El afán de imitar á autores modernos de alguna fama, por un lado, y el de encontrarlo todo á imitación de ellos, por otro, hace vacilar constantemente el rumbo de esta juventud que marcha con muchas luces en el cerebro y mucho fuego en el corazón.

Enrique Banchs, que es joven y tiene sed de gloria, es de los que se han trazado un camino recto y lo siguen á pesar de la inseguridad del paso y lo dificultoso de la marcha.

Lo conocí hace tres años, cuando los dos éramos aún niños imberbes, aunque ya teníamos nuestras pretensiones y *nuestras ideas*.

Concurriamos á las clases de idioma castellano y arte dramático, que dictaba en los salones de «La Prensa» el doctor Atienza y Medrano, y allí, á causa del choque de *nuestras ideas*, nos lanzamos á una controversia por escrito sobre Espiritismo y Materialismo que no pudo terminarse por falta de argumentos pero que consolidó nuestra amistad.

Hábame olvidado ya del condiscípulo y de la controversia, cuando un día, vagabundeando por las calles bonaerenses, veo en un escaparate de librería y con la recomendación de «Novedad», un libro blanco como un cisne, en cuya cubierta decía: «Enrique Banchs, Las Barcas (Edición de *Nosotros*).»

Recordé que Banchs era mi antiguo contrincante, y *Nosotros* una revista de literatura, muy buena por cierto, que se publica aún en Buenos Aires.

¿Dónde encontrar á Banchs? Sabía que trabajaba en «La Prensa» como secretario del director; sabía que algún sábado concurría al *Café de los Inmortales*, donde se va á pasar el rato criticando á todo el mundo, recitando las últimas poesías de Fulano, caricaturando sobre los mármoles de las mesillas... Allí lo encontré.

Nos estrechamos las manos cordialmente, hablamos de su libro y me regaló un ejemplar. En mi revista *German* me ocupé del libro. «Las Barcas» era el primer paso que daba Banchs en el recto camino que se había trazado, y que, según vi luego en los diarios, con motivo de su última producción «El libro de los elogios», había seguido con más seguridad.

Hablando con Pedro Sonderegner, un escritor colombiano del que me ocuparé después, sobre las innovaciones que sufre el verso y las probables futuras formas de versificación, me decía que Enrique Banchs, en «El libro de los elogios» había indicado reformas de valor, que más adelante, y una vez perfeccionadas, seguirían muchos, y en especial los que han dado en llamarse modernistas.

Leopoldo Lugones, en «El Diario», no ha sido parco en elogiar á Banchs por la delicadeza y originalidad de sus poesías, y toda la prensa de Buenos Aires ha estado de acuerdo en que es un muchacho que vale y que triunfará.

Aunque la poca seriedad del periodismo porteño haga dudar muchas veces de la sinceridad y origen de los juicios literarios, en el caso de Banchs se puede creer en la espontaneidad y justicia, porque ha sido unánime y no existe la influencia de la *celebridad*, pues Banchs es un principiante.

Tengo «El libro de los elogios». Acabo de leerlo hace cinco minutos y el alma está fresca y risueña como un cuerpo después de un baño oloroso.

En este libro Banchs afirma acabada y sólidamente su personalidad.

He aquí «El elogio»:

Escépticos no somos. Todavía
creemos en el triunfo de lo bueno,
en la necesidad de la armonía
y en la hermosura de lo que es sereno.
Al pensar doloroso damos freno
y dejamos en aras de alegría
que el loco corazón salte del cieno
y rompa un vuelo mágico en el día.
Hemos visto las cosas de este mundo
en un instante de felicidad
y por eso es jocundo
El verso que celebra sus esencias,
como celebra el cirio la piedad
vuelta lumbre, de todas las conciencias.

No es este soneto lo mejor del libro, pero, aunque no

está de portada, bien pudiera serlo. Y como en este «Libro de los elogios» todo lo que hay es digno de ellos, me abstengo de otras citas y recomiendo á todos los que de veras gustan de la buena poesía, lean los libros de este joven poeta argentino, el mejor sin duda de la presente generación y en su género (1).

(1) Acaba de publicar «El cascabel del halcón». N. del A.

RODOLFO FRANCO

Hay buenos amigos que en nuestra ausencia nos recuerdan, nos citan, cuentan intimidades y anécdotas y nos presentan así, desnudos espiritualmente á los ojos de extraños que mañana podrán abrazarnos. Uno de estos camaradas, conocido no sé cómo entre los círculos americanos de París que tienen toda la inocencia y la franqueza de la juventud, me citaba de continuo á Rodolfo Franco, un joven pintor argentino que hace honor á su nombre, me contaba anécdotas de Rodolfo Franco, un excelente muchacho, de Rodolfo Franco exquisito artista, y así... Cuando llegó de Buenos Aires, el buen camarada me llevó á su casa para presentármelo.

Carpinteros, empapeladores, mozos de cuerda... todo un mundo obrero se movía en el taller amplio y luminoso, lleno de juventud y de sonrisas. Franco transformaba su templo, y lo que antes era una rememoración de decorado *murgeriano*, donde algún compañero ironista no había perdido la ocasión de exteriorizar su buen genio colocando un letrero que decía: «Restaurant *La Purée*», sería en adelante un hermoso salón exquisitamente cosmopolita, donde se codearían las alfombras persas con los austeros muebles góticos y los tapices egipcios con los terciopelos y las sedas de Lyon. Un hacinamiento de telas hablaban del trabajo de este pintor, y una completa y virgen colección de pinceles, pomos, paletas y bastidores decían con elocuencia los bríos que traía de América. En sucesivas visitas, he visto que todo ese utilaje no era una simple exteriorización de una pedantería, sino que, por el contrario, era la consecuencia lógica de su espíritu trabajador.

Como todos, tiene sus peculiaridades, sus inclinaciones y su modo especial de ver.

Sus paisajes normandos, que tanto dieron que hablar á la prensa de Buenos Aires y que motivaron un conato de exposición en Nueva York organizado por la casa Hachette de París, tienen una originalidad de esas que

reflejan por completo á un alma de artista; todos tienen una melancolía risueña, casi una resignación que se traduce en las tonalidades grises y en la dulce armonía de los colores. Algunas copias he visto en su taller, hechas á la ligera, más que copias reales, simples impresiones, pero así mismo daban una clara idea de la naturaleza de las originales.

Se dice que Franco sufre la influencia de los pintores Manet, Renard, Martín y Sirly, pero en los dichos paisajes de Bretaña, opino que el joven artista argentino es muy personal y que todas esas telas tienen el sentimiento de las cosas verdaderamente vividas.

En Buenos Aires ha hecho algunas exposiciones con éxito y prepara una nueva para dentro de algunos meses, en la cual ha puesto todas sus esperanzas y es de creer que como las anteriores será un nuevo triunfo, digno hijo de sus esfuerzos y de su talento.

Además de la prensa bonaerense, se han ocupado del joven pintor tres importantes publicaciones de arte que tienen bien cimentada su fama de serias é imparciales: ellas son: *Les documents du Progres*, que aparece en París, *The International*, que ve la luz en la capital de Inglaterra, y *Documente des Fortschritts*, de Berlín.

Sus veinte años han sido, pues, fecundos y bien aprovechados, y con razón opinan en la patria lejana, que Rodolfo Franco es una esperanza para el buen nombre de la tierra que hasta ahora no había producido más que grandes cantidades de trigo y cabezas de ganado, y que empieza ya á dar vida á flores de arte, tan necesarias para el progreso de un pueblo como las doradas monedas, único culto á que se hallan entregados los hombres que se dicen prácticos de hoy día.

Franco, que es uno á quien la vida se le ha presentado sonriente y amorosa, desdeña el letargo lascivo á que conduce la posesión de una fortuna y á la par de cualquier desheredado trabaja con tesón, con entusiasmo y con fe.

La dulce melancolía que entula un tanto la jovialidad de sus pocos años, parece exteriorizarse en todas sus telas. En algunos paisajes de invierno donde se siente el frío de los tejados helados, envueltos en la blancura de un sudario de nieve, y en otros donde la niebla de París esfuma los contornos y descolora los objetos, dándonos sensaciones y haciéndonos hablar al alma que sabe de muchos dolores íntimos y de muchas miserias escondidas, Franco parece que pone todo su cariño y todo su esfuerzo para que sus pinceles puedan traducir fiel-

mente sus sentimientos hermanados con el paisaje que los impresionan.

Con el éxito alcanzado últimamente en el Salón de Otoño con su cuadro *La femme aux roses*, Franco nos ha demostrado su evolución reciente, no solamente en la manera de ver y de interpretar, sino hasta en la de concebir. Sus preferencias también han evolucionado, y hoy en su taller nos creemos transportados á dos siglos atrás, mirando sus *damas*, sus *dueñas*, sus *caballeros*, sus *pastoras*, sus *jardines*... En los dibujos se ve la influencia de los maestros orientales en general y en particular de los japoneses y chinos.

Sus cuadros han sido recibidos en varias exposiciones de París y provincias. ¡Adelante!

R. GONZALEZ PACHECO

Cuando Pacheco me pidió un prólogo para su libro «Rasgos», llegaba del Tandil este escritor desconocido en Buenos Aires donde yo empezaba á tener un pequeño público que leía mis crónicas, por cuyo motivo acepté el encargo de presentar al nuevo luchador que bajaba á la arena con bríos suficientes para vencer.

«Rasgos» era un libro mixto. Constaba de cuatro esbozos psicológicos y un puñado de versos. Su aparición fué recibida con entusiasmo, sobre todo entre el elemento avanzado en el cual comenzaba á actuar. Su estilo completamente nuevo, la acometividad casi salvaje de sus conceptos y las ideas un tanto embrolladas que traía, le dieron pronto una popularidad que aún conserva á pesar de su último gesto de independencia, hecho quizás con el objeto de no seguir tras el rebaño eterno que cuida de las carreteras con sus pies, ó, también, con el deseo de erigirse en jefe de una fracción social revolucionaria que rechaza todo sentimentalismo y proclama á gritos el triunfo de la bestia que duerme en todo ser humano.

En conjunto y en principio, el movimiento de reacción individualista que se opera en el campo ácrata de la Argentina y que fué iniciado por R. González Pacheco, es simpático y plausible, pues mata de raíz las taras cristianas que aún quedan dentro de las ideas más avanzadas del siglo y ese despertar será indudablemente saludable para la futura orientación, pues no creo que esta racha *pachequista* consiga imponerse y marcar nuevos derroteros á la lucha social que en América tiene un carácter muy distinto del que tiene aquí, según deduzco de lo que he visto en el poco tiempo que hace estoy en Europa.

Como ocurre en todas las ideas nuevas, ó las nuevas tendencias filosóficas que no se producen por la lógica evolución de los cerebros presionados por el ambiente distinto en que actúan, sí por la concepción de un individuo, los rumbos nuevos que predica Pacheco están llenos de nebulosidades que cubren como un tul á la des-

nudez un poco impudorosa de sus ideas, de abstracciones incomprensibles y, lo que es más lógico todavía, tienen la ampulosidad inmodesta de la paternidad.

Verdadero artifice de la frase, R. González Pacheco es uno de los escritores nuevos más dignos de admiración como artista; pero, esta misma cualidad hace más dificultosa la comprensión de su prédica que, siendo sinceros, se abre brecha en la República, donde ha conseguido ya fundar varios periódicos que secundan la obra de su revista «Campana Nueva». Censurable es, dentro de su estilo y lenguaje, el giro parabólico que da á las oraciones, un afán, que es ya obsesión en él, de emplear modismos y palabras genuinamente criollas hasta en sus trabajos sociológicos que por su carácter deberían ser inteligibles para todos los que hablan la lengua de Cervantes, también su actitud perpetua de «en guardia» y sus ataques veladamente personales que contrastan con la arrogante serenidad de que hace gala cuando predica.

Anúnciase un libro que escrito por González Pacheco y un amigo suyo, también literato y también disidente, dícese que caerá como una bomba en los terrenos sociológicos, cosa que creo á medias, porque en resumen, la nueva orientación que quiere imponer no es más que una mala aleación de las ideas de Nietzsche, Stirner y Guyau con algo también de la fatalidad ibseniana.

De todos modos, Rodolfo González Pacheco vale, vale mucho, y creo que si abandonase el cayado que él no quiere ver, apartase de su estilo todo ese cascabeleo de novedades y se empeñara en trabajar por el Arte para el cual tiene aptitudes inmejorables, llegaría á ocupar un puesto de avanzada entre la juventud intelectual argentina.

EMILIO ANDINA

Los jóvenes escultores argentinos apenas son conocidos en los círculos intelectuales de Buenos Aires. El arte escultórico de mi país parece haberse encarnado en un solo cultor, en un solo cultor de manos pequeñas que para todo han sido hechas menos para amasar el barro y el yeso; este cultor es ya célebre, se llama Lola Mora. Después de su ruidoso triunfo con la fuente que el monjil pudor de las autoridades ha medio escondido en las arboledas del Paseo de Julio, Lola Mora vino á Buenos Aires llamada por el gobierno que le confiaba las estatuas de los patricios que se levantarán en el palacio del nuevo Congreso. De Italia se trajo un ayudante que gozaba de algún prestigio entre los artistas del cincel de ese país; este ayudante se llama Emilio Andina.

Yo le conocí cuando hacía la vida de bohemio, cuando, separado de Lola Mora, andaba por ahí en busca de centavos para yeso y para modelo.

En la cuadra de una fábrica de molduras, Emilio Andina había obtenido un rincón para trabajar. Con paciencia, con voluntad, con fe en la obra á emprender, transformó la cuadra en un templo del divino arte de Miguel Angel.

Cuando le visité en su improvisado taller, su obra «Náufragos» iba en camino de terminarse. Andina estaba *ablandando* las carnes de sus personajes y *mojando* las ropas.

—He tenido que hacer de actor dramático—me dijo; —esa cara la he copiado de la mía, ante un espejo. El modelo en barro me cuesta la cama; debí arrancar un hierro para que hiciese de soporte á la figura principal. La mujer que me servía de modelo, más que mujer, era un montón de carne; el chiquillo lo he hecho de memoria... en fin, amigo mío, muchas veces he tenido intenciones de dejarlo todo, pero gracias á esta paciencia de chino que tengo, aquí me tiene usted dispuesto á entrar en lid con mis «Náufragos».

A pesar de las dificultades que necesitó vencer, An-

dina entró en lid y salió laureado. El grupo se expuso en el salón de la fotografía «L'Aiglon», en la calle Florida; la prensa en general aplaudió el esfuerzo de mi amigo y el valor de la obra, y á los pocos meses el gobierno de la provincia de Buenos Aires adquiría el grupo para la ciudad de La Plata, donde está hoy vaciado en bronce.

En uno de los museos permanentes de Italia—no recuerdo cual,—Andina tiene otro trabajo en yeso: «El Picapedrero»; prepara ahora, según me dijo, una obra de carácter revolucionario.

En los «Náufragos», Andina muéstrase como un artista de alma, como un anatómico profundo. La actitud del salvador y el gesto entre dolorido y ansioso que sella su rostro, parecen haber sido sorprendidos por el autor con una máquina fotográfica. La mujer, casi desfallecida, y el niño, sorprendido más que espantado por el espectáculo del mar embravecido que se arremolina contra las rocas, á los pies del grupo, dan una idea de lo vigoroso de la concepción y la fidelidad de la obra. Trabajo acabado, no tiene, sin embargo, esos pulimentos de chiche que muchas veces son tules de colores para impresionar retinas profanas y ocultar insuficiencias, ni se nota el lujo de un detallismo de alhaja que, además de no agregar ninguna claridad á la obra, dan la impresión de manos poco expertas. En resumen, «Náufragos» es un hermoso grupo, un bello, paciente y concienzudo trabajo que con toda justicia ha merecido los aplausos de la prensa argentina que, en este caso, ha abandonado su vieja costumbre de tratar á los hombres y á sus obras según fueran sus relaciones periodísticas, y ha dado generosamente la mano á un joven artista que está á los umbrales del templo del Triunfo.

RICARDO SAENZ-HAYES

Editado por la casa Garnier Hns., de París, con una elocuente carátula del popular *Pelete* y con uno de esos prólogos que la bondad de Ugarte tiene siempre para los jóvenes que se lanzan á la conquista de un puesto en el templo del Arte, acaba de aparecer un tomo lleno de ingenuidad, ingenuidad que se transparenta á través de una infantil filosofía vestida de exotismo y con una que otra influencia parisién. El título de la obra habla elocuentemente de las influencias sufridas, máxime cuando el prologuista nos entera que su autor es un joven apóstol del socialismo, uno de esos hijos admirables del siglo, que esgrimen la amenaza en el puño para los tiranos y saben verter palabras balsámicas sobre las llagas doloridas del pueblo. *Almas de crepúsculo* es un libro que quiere ser íntimo, un libro que quiere ser confesión interior, un libro que pretende ser un escudriñador de almas extrañas, enfermas, pero, á pesar de las gasas de ambigüedad con que ha vestido á sus cuentos, su juventud llena de optimismo, de sinceridad y de esperanza, desvanece los vapores del ajeno verleniano, clarifica la atmósfera aplastante del éter y vigoriza las ideas semiveladas por la morfina. La *Rosaura* de su cuento *La perpetuación de la línea*, es un personaje interesantísimo, digno de inspirar una novela de profunda psicología, pero Sáenz-Hayes, con la nerviosidad propia de sus años, no ha tenido la serenidad suficiente para seguir el proceso de *ese caso* de estético-manía y maltrata el asunto y el personaje, tratando de contarnos una entrevista imposible donde hay una confesión impropia de una esteta.

Indudablemente, la mayoría de los temas que trata este joven escritor argentino, indican una forzada y aparente predilección, pero, sin embargo, hay verdadero talento en las elecciones ya que no mucho conocimiento en el desarrollo; por otra parte, su juvenil osadía, simpática de veras para todos los que empezamos, no le ha llevado á extremos ridículos, y, lo que es más admirable

todavía y fortalece mi opinión sobre su verdadero talento, no ha cubierto sus hombros con el cabrilleante, gitano manto de la petulancia.

Sus pretensiones filosóficas, hacen sonreír amablemente, es verdad, pero puede disculparse teniendo en cuenta la moda literaria en auge ahora entre la juventud de Hispano América, que en su constante evolución progresiva no puede sustraerse á la paternidad de ciertos autores europeos que por lo extraños ó fantásticos deslumbran con suma facilidad á los cerebros infantiles en formación, en condiciones siempre de dejarse sugestionar por lo maravilloso, misterioso ó raro. Así se explica, y no de otro modo, los admiradores con que cuentan en la virgen América, Verlaine, Poe, Nietzsche, Schopenhauer, etc.

Para amenizar un tanto la monotonía de las narraciones, hace diálogos muchas veces innecesarios, artificiosos y fuera de lugar, notándose en muchos de sus cuentos un afán doctrinario que quita toda emocionalidad, quedando reducidos á artículos interrumpidos por las digresiones del que escucha, que á pesar de la discusión, no tiene una verdadera contraria convicción, lo que despersonaliza por completo á los actores.

Titubear es propio, no de los cobardes, sino de los que no tienen personalidad propia todavía; por eso, entre los jóvenes intelectuales existe una inmensa mayoría que no tiene otra aspiración que la de ser discípula, imitar á los que la gloria, esa diosa tan extraña, ha cubierto de mirtos ó á los que el público, ese crítico antojadizo, ha aplaudido hasta hacerse oír de los sordos. En muchos casos, obra una sugestión exterior colectiva, contraria muchas veces á los gustos é inclinaciones estéticas del naciente artista que falto de conciencia propia sobre esta superior manifestación del intelecto humano, déjase llevar por la corriente hasta que el criterio se hace y la personalidad adquiere solidez y estabilidad.

Aventurado es afirmar que en este ó en aquel caso, el estilo y asuntos predilectos de un autor en ciernes, obedece á tales influencias ó es hijo de la sugestión, ó es forzado para imitar lo que disgusta, pero no es aventurado asegurar que todos titubean en sus comienzos hasta que, conociéndose interiormente, dan con una forma de interpretación artística adecuada á sus modos de sentir y pensar. En algunos y á pesar de laborar bajo la presión de estas influencias exteriores, se descubre la silueta de sus personalidades futuras á través de sus trajes prestados; pero en el caso de Ricardo Sáenz-Hayes, no ocurre lo propio; los cuentos del tomo *Almas de crepúsculo* no son más que tanteos literarios en los cuales